

salón próximo, donde se jugaba, y permaneció de pie formando público, lo cual prueba que no carecía de talento.

—Querida mía—dijo la marquesa de Espard á la condesa de Feraud, última querida de Luis XVIII, —París es único en su clase; salen aquí, sin que uno se lo espere ni sepa de dónde, mujeres como ésta, que parecen todo poder y todo querer.

—Es que ella lo quiere y lo puede todo—dijo Lupeaulx relamiéndose.

En este momento, la astuta señora Rabourdin hacía la corte á la mujer del ministro. Amaestrada la víspera por Lupeaulx, que conocía los puntos flacos de la condesa, la adúlaba sin que ella lo notase, guardando silencio oportunamente, pues Lupeaulx, enamorado y todo como estaba, había notado los defectos de esta mujer y le había dicho la víspera: «sobre todo, no hable usted demasiado». ¡Exorbitante prueba de adhesión! Si Bertrand Barrère ha dejado este sublime axioma: *No interrumpamos á una mujer que baila para darle un consejo*, se puede añadir á éste el siguiente: *No reproches á una mujer porque siembra sus perlas*, á fin de completar así este capítulo del código femenino. La conversación se hizo general. De tiempo en tiempo la señora Rabourdin metía la cucharada como la gata bien educada mete la pata en los encajes de su ama escondiendo las uñas. En asuntos del corazón, el ministro tenía pocos caprichos; la Restauración no tuvo hombre de Estado más perfecto en lo que atañe á galantería, tanto que la oposición del *Miroir*, de *Pandore* y de *Figaro* no pudo echarle nunca en cara la más mínima cosa. Su querida era la *Estrella* y ¡cosa extraña! le fué fiel en la desgracia, porque sin duda seguía ganando más. La señora Rabourdin sabía esto; pero sabía también que es posible reanimar á los espíritus, y se había propuesto, por lo tanto, que el ministro se sintiese celoso de la dicha que parecía gozar Lupeaulx. En este momento, el secretario se relamía con el nombre de Celestina, y para hacer entrar en el mundo á su pretendida querida, se esforzaba en hacer comprender á la marquesa de Espard, á la señora de Nucingen y á la condesa que debían admitir á la señora Rabourdin en su coalición, siendo apoyada por la señora de Camps. Al cabo de una hora, el ministro se había fijado ya en la señora Rabourdin, la cual había seducido á la mujer de Su Excelencia, que acababa de invitarla para que fuese cuando quisiese.

—Porque, querida mía, había dicho la mujer del ministro á Celestina; su marido será muy pronto director, y como tiene intención el ministro de reunir dos divisiones en una sola, será usted muy pronto de los nuestros.

El ministro se llevó á la señora Rabourdin para enseñarle una habitación de su casa que le había hecho célebre por las pretendidas profusiones que la oposición le había reprochado y para demostrarle la estupidez del periodismo.

—A decir verdad, señora, debía usted hacernos el favor á la condesa y á mí de venir con frecuencia—le dijo dándole el brazo y dirigiéndole galanterías de ministro.

—Pero, monseñor—le dijo ella dirigiéndole una de esas miradas que las mujeres reservan para ciertas ocasiones,—me parece que eso depende de usted.

—¿Cómo?

—Usted puede darme derecho á ello.

—Explíquese usted.

—No; al venir aquí, ya me propuse no tener el mal gusto de convertirme en solicitante.

—Hable usted. Los memoriales de ese género no son aquí inoportunos—dijo el ministro riéndose.

No hay nada como las tonterías de este género para divertir á ciertos hombres graves.

—Pues bien, es ridículo que la mujer de un jefe de negociado aparezca con frecuencia aquí, mientras que la mujer de un director sería lo más natural.

—Dejemos eso—dijo el ministro.—Su marido de usted es un hombre indispensable y está nombrado.

—¿De veras, dice usted verdad?

—¿Quiere usted venir á ver su nombramiento á mi despacho? El trabajo está ya hecho.

—Pues bien—contestó ella quedándose en un rincón sola con el ministro, cuyo ardor tenía una vivacidad sospechosa,—déjeme usted decirle que yo puedo recompensarle por ello.

Celestina iba á exponerle el plan de su marido, cuando Lupeaulx, que se había acercado de puntillas, tosió de un modo que indicaba cólera y que anunciaba simular haber oído lo que en realidad había escuchado. El ministro dirigió una malhumorada mirada al viejo fatuo cogido en el lazo. Impaciente en su conquista, Lupeaulx había precipitado el trabajo del personal, se lo había entregado al ministro y quería ir á llevar al día siguiente su nombramiento á la que pasaba

por su querida. En aquel momento el ayuda de cámara del ministro se presentó con aire misterioso y le dijo á Lupeaulx que su criado le había rogado que le entregase en seguida aquella carta, advirtiéndole que tenía importancia.

El secretario general se acercó á una lámpara y leyó cuatro letras concebidas en estos términos:

Contra mi costumbre, espero en una antesala, y no hay que perder un instante si quiere arreglarse con su servidor,

Gobseck

Lupeaulx tembló al reconocer aquella firma, cuyo autógrafa sería una lástima no darlo, pues es muy raro en la plaza y ha de ser precioso para los que traten de adivinar el carácter de la gente por la índole de su firma. Si alguna vez la imagen jeroglífica se parece á algún animal, es seguramente en este nombre, cuya inicial y final simulan una boca voraz de tiburón insaciable, siempre abierta y masticando y devorándolo todo, lo mismo al fuerte que al débil. Ha sido imposible tipografiar la letra, que es demasiado fina, demasiado menuda y demasiado metida, aunque clara; pero es fácil imaginársela teniendo en cuenta que la frase no ocupaba más que una línea. Sólo el espíritu del usurero podía sugerir una frase tan insolentemente imperativa y tan cruelmente irreprochable, que lo decía todo sin denotar nada. Aunque no conocieseis á Gobseck, viendo aquellas cuatro letras que hacían acudir sin ser una orden, hubieseis adivinado al im- placable platero de la calle de Gres. Como el perro que ha sido llamado por el cazador, Lupeaulx dejó inmediatamente la pista y se fué á su casa pensando en su comprometida situación. Figuraos un general en jefe á quien-su ayuda de campo va á decir: «El enemigo recibe treinta mil hombres de refresco que nos toman el flanco».

Cuatro palabras bastarán para explicar la llegada de los señores Gobseck y Gigonnet al campo de batalla, pues uno y otro estaban en casa de Lupeaulx. A las ocho de la noche, Martín Falleix, llegado en alas del viento gracias á tres fran-

cos de guía y á un postillón de repuesto, había traído las actas de adquisición fechadas la víspera. Llevados inmediatamente al café Themis por Mitral, los contratos pasaron á manos de los dos usureros, quienes se apresuraron á trasladarse al ministerio, aunque á pie. Daban las once de la noche. Lupeaulx tembló al ver las dos siniestras figuras, animadas por una mirada tan rápida como la bala de una pistola y tan brillante como el fogonazo de un disparo.

—Bueno, ¿qué hay, amigos míos?

Los usureros permanecieron fríos é inmóviles. Gigonnet mostró sucesivamente sus papeles y al ayuda de cámara.

—Pasemos á mi despacho—dijo Lupeaulx despidiendo con un gesto á su criado.

—Entiende usted admirablemente el francés—dijo Gigonnet.

—¿Vienen ustedes á atormentar á un hombre que les ha hecho ganar doscientos mil francos á cada uno?—exclamó Lupeaulx en actitud orgullosa.

—Y que espero que nos hará ganar muchos más—dijo Gigonnet.

—¿Un negocio?—repuso Lupeaulx.—Si necesitan ustedes de mí, yo tengo memoria. Se pagarán mis deudas—dijo desdenosamente Lupeaulx para no dejarse dominar.

—¿De veras?—dijo Gobseck.

—Vamos al hecho, hijo mío—dijo Gigonnet,—y no se ponga usted de ese modo, porque con nosotros es inútil. Tome usted estas actas y léalas.

Los dos usureros inventariaron el despacho de Lupeaulx, mientras que éste leía con asombro y estupefacción aquellos contratos que le parecieron arrojados del cielo por los ángeles.

—¿No tiene usted en nosotros á dos hombres de negocios inteligentes?—dijo Gigonnet.

—Pero ¿á qué debo tan hábil operación?—preguntó Lupeaulx inquieto.

—Nosotros sabemos, hace ocho días, lo que sin nosotros no hubiera usted sabido hasta mañana. El presidente del tribunal del comercio, que es diputado, se verá obligado á presentar la dimisión.

Los ojos de Lupeaulx se dilataron y se hicieron grandes como margaritas.

—El ministro quería hacerle á usted esa jugarreta—dijo el conciso Gobseck.

— Ustedes son mis dueños—dijo el secretario general inclinándose con profundo respeto mezclado de cierta burla.

— Así me gusta—dijo Gobseck.

— ¿Van ustedes á estrangularme?

— Es posible.

— Pues bien, manos á la obra, verdugos—repuso sonriéndose el secretario general.

— Ya ve usted—repuso Gigonnet,—que sus créditos están inscritos con el dinero prestado para la adquisición.

— Aquí están los títulos—dijo Gobseck sacando unos papeles del bolsillo de su levita verdosa.

— Le quedan á usted tres años para pagarlo todo—dijo Gigonnet.

— Pero ¿qué quieren ustedes de mí?—dijo Lupeaulx asustado ante tanta complacencia y ante aquel fantástico arreglo.

— La plaza de la Billardière para Baudoyer—se apresuró á decir Gigonnet.

— Es bien poca cosa, aunque tendré que trabajar lo imposible—repuso Lupeaulx,—porque me he atado de pies y de manos.

— Ya roerá usted las cuerdas con los dientes—dijo Gigonnet.

— Son puntiagudos—añadió Gobseck.

— ¿Es esto todo?—preguntó Lupeaulx.

— Nosotros nos guardamos las piezas hasta la admisión de estos créditos—dijo Gigonnet presentándole un estado al secretario general.—Si no son reconocidos por la comisión dentro de seis días los nombres de usted en esta acta, serán reemplazados por los míos.

— ¡Es usted hábil!—exclamó el secretario general.

— Justo—dijo Gobseck.

— ¿No hay nada más?—dijo Lupeaulx.

— Nada—dijo Gobseck.

— ¿Queda hecho?—preguntó Gigonnet.

Lupeaulx inclinó la cabeza.

— Pues bien, firme usted estos poderes—dijo Gigonnet.—Dentro de dos días, el nombramiento de Baudoyer; dentro de seis los créditos reconocidos, y...

— ¿Y qué?—dijo Lupeaulx.

— Nosotros le garantizamos...

— ¿Qué?—exclamó Lupeaulx cada vez más admirado.

— La elección—respondió Gigonnet galleando.—Nos-

otros contamos con la mayoría mediante los votos de cincuenta y dos cortijeros é industriales que obedecerán á su prestamista.

Lupeaulx estrechó la mano á Gigonnet y exclamó:

— Entre nosotros son imposibles los engaños, y esto es lo que se llama hacer negocios; así es que aun les daré la propina.

— Justo—dijo Gobseck.

— ¿En qué consistirá?—preguntó Gigonnet.

— En la cruz para el imbécil de vuestro sobrino.

— Bueno—contestó Gigonnet,—veo que lo conoce usted bien.

Dicho esto, los usureros saludaron á Lupeaulx, el cual los acompañó hasta la escalera.

— ¿Serán acaso enviados secretos de algunas potencias extranjeras?—se dijeron los dos criados.

— Nos deberá nueve mil francos de intereses anuales, y la tierra apenas da el cinco—exclamó Gigonnet.

— Está en nuestro poder para mucho tiempo—dijo Gobseck.

— Edificará, hará locuras—respondió Gigonnet.—Falleix comprará la tierra.

— Para él la cuestión es ser diputado, lo demás le importa muy poco—dijo Gobseck.

— ¡Ah! joh!

— ¡Ah! joh!

Estas secas exclamaciones servían de risa á los dos usureros, que se trasladaron á pie al café Themis.

Lupeaulx volvió al salón y encontró á la señora Rabourdin haciendo admirablemente la rosca á Su Excelencia. Estaba encantadora, y el ministro, que estaba ordinariamente triste, parecía satisfecho y contento.

— Opera verdaderos milagros—se dijo Lupeaulx.—¿Qué mujer más preciosa! Es preciso penetrarla hasta el fondo del corazón.

— Decididamente es encantadora su recomendada—dijo la marquesa al secretario general.—No le falta más que el nombre de usted.

— Sí, su único mal estriba en ser hija de un subastador, y perecerá por el defecto del nacimiento—respondió Lupeaulx con un aire frío que contrastaba con el calor que había empleado en hablar de la señora Rabourdin un instante antes.

La marquesa miró fijamente á Lupeaulx y le dijo, señalándole al ministro y á la señora Rabourdin:

—Les ha dirigido usted una mirada que no ha pasado desapercibida para mí. Están ustedes graciosos disputándose ese hueso.

Cuando la marquesa transponía la puerta, el ministro corrió hacia ella y la acompañó.

—Bueno—dijo Lupeaulx á la señora Rabourdin,—¿qué piensa usted de nuestro ministro?

—Es encantador. A decir verdad, á estos pobres ministros es preciso conocerles para apreciarlos—le respondió levantando la voz á fin de que pudiera oírle la mujer de Su Excelencia.—Los periódicos y las calumnias de la oposición desfiguran tanto á los hombres políticos que acaba una por dejarse engañar; pero todas estas prevenciones desaparecen cuando se les ve.

—Está muy bien conservado—le dijo Lupeaulx.

—Sí, yo le aseguro á usted que aun se le puede amar—dijo Celestina con sencillez.

—Querida mía—dijo Lupeaulx tomando á su vez un aire sencillo y cariñoso,—ha hecho usted lo imposible.

—Pues ¿qué he hecho?

—Ha resucitado usted á un muerto, á un hombre á quien creía sin corazón; pregúnteselo á su mujer; pero aprovechese usted de la ocasión, venga por aquí y no se asombre.

Dicho esto, llevó á la señora Rabourdin á un gabinete y se sentó con ella en un diván.

—Es usted una mujer muy astuta, lo cual contribuye á que yo la ame á usted más. Dicho para entre nosotros dos, usted es una mujer superior. Lupeaulx la ha traído á usted aquí y todo ha terminado para Lupeaulx, ¿verdad? Por otra parte, cuando una se decide á amar por interés, es preferible amar á un sexagenario ministro que á un cuádragenario secretario general, porque se obtiene más provecho y menos molestias. Yo soy un hombre con lentes, cabello canoso, y gastado por los placeres, lo cual no tiene nada de apetitoso. ¡Oh! veo perfectamente esto. Si es absolutamente preciso conceder algo á lo útil, yo no seré nunca lo agradable, ¿no es verdad? Es preciso ser loco para no saber razonar acerca de su posición. Puede usted confesarme la verdad y enseñarme el fondo de su corazón, pues somos dos asociados, y no dos amantes. Si yo tengo algún capricho, usted es dema-

siado superior para hacer caso de tales miserias, y me lo perdonará, so pena de ser una mujer vulgar. ¡Bah! usted y yo estamos mejor educados que todo eso. Allí está la marquesa de Espard, que se va. ¿Cree usted que ella no piensa de este modo? Nosotros nos hemos entendido hace dos años (fatuó); pues bien, no tiene más que escribirme dos palabras, que no son largas: «Mi querido Lupeaulx: le agradeceré á usted tal y tal cosa, etc., etc.», é inmediatamente está servida. Ustedes las mujeres logran lo que quieren, costándoles sólo un poco de placer. Ahora bien, enganche usted al ministro, querida mía, que es lo que le importa, y yo le ayudaré en su empresa. Sí, yo quisiera que tuviese una mujer que influyese sobre él, porque de ese modo no se me escaparía; ahora se me escapa á veces, y se concibe, pues sólo le domino por la razón, mientras que entendiéndome con una mujer bonita le dominaría por la pasión, lo cual es más seguro. Sigamos siendo, pues, buenos amigos, y reparta usted conmigo la influencia que obtenga.

La señora Rabourdin escuchó con el mayor asombro esta singular profesión de truhanería. La sencillez del comerciante político excluía toda idea de sorpresa.

—¿Cree usted que se habrá fijado en mí?—le preguntó Celestina cayendo en el lazo.

—Le conozco, y estoy seguro de ello.

—¿Es cierto que está ya firmado el nombramiento de Rabourdin?

—Le he entregado el trabajo esta mañana. Pero el ser director no es nada aún, es preciso ser refrendario.

—Sí—dijo ella.

—Pues bien, váyase usted y coquettee con Su Excelencia.

—A decir verdad, hasta esta noche no le he conocido á usted bien, no tiene usted nada de vulgar.

—Queda convenido, pues—repuso Lupeaulx,—que somos dos buenos amigos y que suprimimos los aires tiernos y el amor enojoso para considerar las cuestiones desde otro punto de vista.

—Es usted verdaderamente hábil y me llena de admiración—dijo Celestina sonriendo y tendiéndole la mano.—Ya se convencerá usted de que se hace más por un amigo que por un...

No acabó la frase y salió.

—Amiguita mía—se dijo Lupeaulx para sus adentros

mientras ella se acercaba al ministro,—Lupeaulx no tiene ya remordimientos en volverse contra ti. Mañana por la noche, cuando me ofrezcas una taza de café, me ofrecerás también aquello que no quiero. Todo ha terminado. ¡Ah! cuando tenemos cuarenta años, las mujeres nos engañan siempre, ya no puede uno ser amado.

Después de haberse mirado en el espejo y de haberse reconocido en él como un hermoso político, pero también como un perfecto inválido de Citeres, se volvió al salón.

En aquel momento la señora Rabourdin meditaba acerca del modo de irse y se esforzaba por dejar en el ánimo de todos una última y graciosa impresión, cosa que logró por completo. Contra lo que suele ocurrir en los salones, cuando Celestina estuvo ausente todo el mundo exclamó:

—¡Qué mujer más encantadora!

—Estoy seguro de que mañana se acordarán ustedes de mí—dijo el ministro á los dos esposos, haciendo alusión al nombramiento y acompañándoles hasta la puerta.

—Hay tan pocos altos funcionarios cuyas mujeres sean agradables, que estoy contento de esta adquisición—se decía el ministro mientras volvía al salón.

—¿No la encuentra usted un poco invasora?—le dijo Lupeaulx con aire picado.

Las mujeres cambiaron entre sí significativas miradas, pues la rivalidad del ministro y de su secretario las divertía. Entonces tuvo lugar una de esas bonitas burlas en las que tan entendidas son las parisienses. Las mujeres animaron al ministro y á Lupeaulx ocupándose de la señora Rabourdin. La una la encontró demasiado afectada; la otra comparó las gracias de la burguesía con los modales de la alta sociedad á fin de criticar á Celestina, y Lupeaulx defendió á su pretendida querida como se defiende á los enemigos en las reuniones.

—Háganla ustedes justicia, señoras. ¿No es extraordinario que la hija de un subastador de obras de arte sepa presentarse tan bien? Vean ustedes de donde ha salido y consideren donde se halla, sin contar con que tiene la pretensión de ir á las Tullerías, según me ha dicho ella misma.

—Si es hija de un subastador—dijo la señora de Espard,—no veo el inconveniente en ascender á su marido.

—Sobre todo en los tiempos que corren, ¿verdad?—dijo la mujer del ministro mordiendo los labios.

—Señora—dijo severamente el ministro á la marquesa, —con semejantes frases, que desgraciadamente abundan en la corte, se preparan revoluciones. Usted no puede comprender lo mucho que disgusta la conducta poco mesurada de la aristocracia á ciertos instruídos personajes de palacio. Si yo fuese gran señor, en lugar de ser un pequeño hidalgo de provincias que parece que he sido puesto donde estoy por conveniencia de ustedes, la monarquía no estaría tan poco segura como yo la veo. ¿En qué se convierte un trono que no sabe comunicar su brillo á los que le representan? Estamos lejos del tiempo en que el rey hacía grandes por su propia voluntad á los Louvois, á los Colbert, á los Richelieu, á los Jeannin, á los Villeroy y á los Sully... Si; Sully al empezar no era lo que yo soy. Les hablo á ustedes así porque estamos entre nosotros, y yo sería, en efecto, muy poca cosa si me chocase semejante pequeñez. A nosotros nos toca hacernos grandes; y no á los demás el considerarnos.

—Estás nombrado, querido mío—dijo Celestina estrechando la mano á su marido.—A no ser por Lupeaulx, hubiera explicado tu plan al ministro, pero ya se lo explicaré el martes próximo, y así podrás llegar á ser antes refrendario.

En la vida de todas las mujeres existe un día en el cual han brillado con todo su esplendor y que les deja un eterno recuerdo, que acarician siempre con placer. Cuando la señora Rabourdin fué deshaciendo uno á uno los artificios de su tocado, recapituló la velada contándola entre sus días de gloria y de dicha; todas sus bellezas habían sido envidiadas y había sido alabada por la mujer del ministro, la cual se consideraba feliz contándola entre sus amigas. En fin, todas sus vanidades habían sido halagadas en provecho de su vanidad conyugal. Rabourdin estaba nombrado.

—¿No estaba guapa esta noche?—le dijo á su marido, como si hubiese tenido necesidad de animarle.

En este momento, Mitral, que esperaba en el café Themis á los dos usureros, no notó nada en sus dos impasibles rostros.

—¿Cómo ha ido eso?—les preguntó una vez que se hubieron sentado.

—Pues, bien, como siempre—dijo Gigonnet restregándose las manos.—La victoria siempre la obtiene el dinero.

—Vaya—respondió Gobseck.

Mitral tomó un coche y se fué á ver á los Saillard y á los Baudoyer, en cuya casa se había prolongado el boston, pero donde no quedaba ya nadie más que el abate Gaudron, pues Falleix, medio muerto de cansancio, había ido á acostarse.

—Sobrino mío, será usted nombrado y además se le reserva una sorpresa.

—¿Cual?—dijo Saillard.

—La cruz—exclamó Mitral.

—Dios proteja á los que piensan en sus altares—exclamó Gaudron.

Ya se ve como de esta suerte se cantaba el *Te Deum* en los dos campos, con satisfacción igual.

Al día siguiente, miércoles, el señor Rabourdin tenía que trabajar con el ministro, pues estaba de interino desde la enfermedad del difunto la Billardiére. En tales días los empleados eran muy puntuales y los ordenanzas andaban atareadísimos, pues los días de firma todo está pendiente en las oficinas; ¿por qué causa? nadie lo sabe. Los tres ordenanzas estaban, pues, en sus puestos y esperaban obtener alguna gratificación por la circunstancia de haber corrido el rumor del nombramiento del señor Rabourdin, gracias á los cuidados de Lupeaulx.

El tío Antonio y el ujier Lorenzo vestían de gran gala, cuando á eso de las ocho menos cuarto el mozo de la secretaría fué á rogar á Antonio que le entregase en secreto al señor Dutocq una carta que el secretario general le había encargado que llevase á casa del oficial á las siete.

—No sé qué me ha pasado, amigo mío; me he dormido y acabo de despertarme. Si supiese que la carta no está ya en su destino, me armaría un escándalo fenomenal, mientras que de este modo podré decirle que la entregué yo mismo en casa de Dutocq. Un secreto famoso, padre Antonio; pero no les diga usted nada á los empleados, ¿por Dios! porque me ha amenazado con echarme á la calle si decía una sola palabra.

—Pues ¿qué hay aquí dentro tan grave?—dijo Antonio.

—Nada. La he mirado de este modo, ¿ve usted?

Y entreabrió la carta, de la que sólo se veía lo blanco.

—Hoy es el gran día para ustedes, Lorenzo—dijo el ordenanza de secretaría.—Vais á tener un nuevo director. Decididamente, se hacen economías y se reúnen dos divisiones en una sola dirección. ¡Ay de los ordenanzas!

—Sí, nueve empleados retirados—dijo Dutocq, que llegaba.—¿Cómo sabéis vosotros eso?

Antonio le entregó la carta á Dutocq, el cual bajó las escaleras y corrió á secretaría después de haberla abierto.

Desde el día de la muerte del señor de la Billardiére, después de haber charlado por los codos, las dos oficinas de Baudoyer y de Rabourdin habían acabado por recobrar su fisonomía acostumbrada y los hábitos del *dolce far niente* administrativo. El fin de año imprimió á las oficinas una especie de aplicación estudiosa, del mismo modo que comunica algo de servil á los porteros. Todo el mundo iba á la hora en punto y se veía más gente después de las cuatro, pues la distribución de las gratificaciones depende de las últimas impresiones que deja uno de sí en el ánimo de los jefes. La víspera, la noticia de la reunión de las dos divisiones Rabourdin y Clergeot en una dirección bajo una nueva denominación, había intrigado á las dos divisiones. Se sabía el número de los empleados retirados, pero se ignoraban sus nombres. Ya se suponía que Poiret no sería reemplazado y que se amortizaría su plaza. El pequeño la Billardiére se había ido y venían dos nuevos supernumerarios que, desgraciadamente, eran hijos de diputados. La noticia, extendida la víspera por las oficinas en el momento que se marchaban los empleados, había impreso el terror en todas las conciencias; así es, que durante la primera media hora de la llegada hubo conversación en torno de todas las estufas. Antes de que nadie hubiese llegado, Dutocq vió á Lupeaulx en su tocador, y el secretario general, sin dejar la navaja de afeitar, le dirigió la mirada del general que da una orden y le dijo:

—¿Estamos solos?

—Sí, señor.

—Pues bien, duro contra Rabourdin, adelante y firme. Supongo que habrá usted conservado una copia del estado.

—Sí.

—Pues bien, ya me comprende usted: *Indè ira!* Es preciso promover un clamoreo general. A ver si sabe usted inventar algo para excitar las pasiones.

—Puedo encargar una caricatura, pero no tengo los quinientos francos que se necesitan.

—¿Quién la hará?

—Bixiou.

—Se le darán mil francos y será subjefe con Colleville, que se entenderá con él.

—Pero no me creerá.

—¿Quiere usted comprometerme acaso? Vaya usted adelante ó sino nada, ¿me oye?

—Si el señor Baudoyer es director, podría prestar esa suma...

—Sí, lo será. Déjeme usted, dése prisa y como si no me hubiese visto. Baje por la escalera secreta.

Mientras que Dutocq volvía á la oficina con el corazón palpitante de alegría, buscando el medio de provocar la irritación contra su jefe sin comprometerse demasiado, Bixiou había entrado en las oficinas de Rabourdin para dirigirles un saludo. Creyendo haber perdido, el burlón juzgó gracioso el fingir que había ganado.

BIXIOU, *imitando la voz de Phellion*

Señores, les saludo y les doy los buenos días. Queda señalado el domingo próximo para una comida en el Rocher de Cancale; pero se presenta una grave cuestión que resolver: ¿asistirán también los empleados suprimidos?

POIRET

Es claro, y también los que se retiran.

BIXIOU

Me es igual, porque no soy yo el que paga. (*Estupefacción general.*) Baudoyer está nombrado, y yo quisiera oírle ya llamando á Lorenzo. (*Imita á Baudoyer.*)

Lorenzo, unid mi cilicio con mi disciplina

(*Todos se desternillan de risa.*)

Colleville tiene razón con sus anagramas, pues ya sabéis que el anagrama de *Xavier Rabourdin, chef de bureau, est d'abord rêva bureaux, E-u fin riche*. Si yo me llamase *Charles X, par la grâce de Dieu, roi de France et de Navarre*, temblaría ante la idea del destino que profetizaría mi anagrama.

THUILLER

Usted tiene ganas de bromear.

BIXIOU

Rabourdin presenta su dimisión de rabia al saber que Baudoyer es director.

VIMEUX, *entrando*

¡Qué farsa! Antonio, á quien acabo de devolver treinta ó cuarenta francos, me ha dicho que los señores Rabourdin habían sido recibidos ayer en la velada íntima del ministro y que habían estado con él hasta las doce menos cuarto. Su Excelencia acompañó hasta la puerta á la señora Rabourdin, la cual creo que estaba hermosísima. En fin, que es indudablemente director. Riffé, el oficial del personal, ha perdido la noche para acabar antes el trabajo. La cosa no es ya ningún misterio. El señor Clergeot se retira, lo cual, después de treinta años de servicios, no es ninguna desgracia. El señor Cochin, que es rico...

BIXIOU

Según Colleville, hace *cochinilla*.

VIMEUX

No se engaña, pues trata en cochinilla como asociado de la casa Matifat de la calle de los Lombardos. Ahora bien, éste también se retira, y lo propio ocurre con Poiret, cuyas plazas serán amortizadas. Esto es lo positivo, lo demás no se sabe. El nombramiento del señor Rabourdin se hace esta mañana y se temen intrigas.

BIXIOU

¿Qué intrigas?

FLEURY

¡Las de Baudoyer, pardiez! El partido liberal le apoya y he aquí un nuevo artículo del periódico liberal. No tiene más que dos líneas, pero es extraño. (*Lee.*)

«Algunas personas hablaban ayer en los Italianos de la vuelta del señor Châteaubriand al ministerio, y se fundaban en la elección que se ha hecho del señor Rabourdin, protegido de los amigos del noble vizconde, para cubrir la plaza primitivamente destinada al señor Baudoyer. El partido

clerical sólo habrá podido recular ante una transacción con el gran escritor.» ¡Canallas!

DUTOQC, *entrando después de haber oído*

¿Quién canalla? ¿Rabourdin? ¿Ya saben ustedes la noticia?

FLEURY, *mirándole con ferocidad*

¿Rabourdin, un canalla? ¿Está usted loco, Dutocq, y quiere usted una onza de plomo para metérsela en el cerebro?

DUTOQC

Yo no he dicho nada contra el señor Rabourdin; únicamente que acaban de decirme con gran secreto, en el patio, que había denunciado á muchos empleados, que ha dado notas y que el favor de que disfruta depende de un trabajo acerca de todos los ministerios en el que todos nosotros salimos mal parados.

PELLION, *con voz recia*

El señor Rabourdin es incapaz...

BIXIOU

Está bien eso; diga, diga, Dutocq. (*Se dicen una palabra al oído y salen al pasillo.*)

BIXIOU

Pero ¿qué es lo que ocurre?

DUTOQC

¿Se acuerda usted de la caricatura?

BIXIOU

Ya lo creo.

DUTOQC

Pues bien, hágala y será subjefe, obteniendo, además, una gran gratificación. Ya ve usted, querido mío, hay cizaña en las regiones superiores. El ministro está comprometido con Rabourdin; pero si no nombra á Baudoyer, se enemistará con el clero. ¿No lo sabe usted? El rey, la Delfina, la gran capellanía, y, en fin, la corte entera quiere á Baudoyer, mientras que el ministro quiere á Rabourdin.

BIXIOU

Bueno.

DUTOQC

Ahora bien; para poder arreglar esto, pues el ministro ha visto la necesidad de ceder, se necesita buscar una causa, y han sacado á relucir un antiguo trabajo hecho por Rabourdin, que deseaba purificar las administraciones. He aquí cómo yo me explico la cosa. Haga usted el dibujo, facilite usted la labor á los jefes y servirá usted así á la vez al ministro, á la corte y á todo el mundo, obteniendo como recompensa el ascenso. ¿Me comprende usted?

BIXIOU

O usted inventa todo eso, ó no comprendo cómo puede saberlo.

DUTOQC

¿Quiere usted que yo le enseñe la nota?

BIXIOU

Sí.

DUTOQC

Pues venga usted á mi despacho, porque quiero poner ese trabajo en manos seguras.

BIXIOU

Vaya usted solo. (*Vuelve á la oficina de Rabourdin.*) No se trata más que de lo que les ha dicho á ustedes Dutocq, palabra de honor. Al parecer el señor Rabourdin ha dado notas poco halagüeñas acerca de los empleados, y ese es el secreto de su ascenso. Vivimos en un tiempo en que nada asombra. (*Se pone en la misma actitud de Talma.*)

¿Habéis visto caer muy ilustres cabezas,
Y os asombra, insensatos...

hallar una causa de este género en favor de un hombre. Mi Baudoyer es demasiado estúpido para medrar por medios semejantes. Reciban ustedes mi felicitación, van á tener un ilustre jefe. (*Sale.*)

POIRET

Yo dejaré el ministerio sin haber comprendido nunca una sola frase de este señor. ¿Qué quiere decir con todas esas salidas?

FLEURY

¡Pardiez! los cuatro sargentos de la Rochela, Berton, Ney, Caron, los hermanos Faucher, todos los degüellos.

PHELLION

Anticipa ligeramente cosas que son demasiado aventuradas.

FLEURY

Díganle ustedes que miente, que es un charlatán, y que en sus labios la verdad hay que ponerla en cuarentena.

PHELLION

Las palabras de usted se salen de la ley de la cortesía, y olvida las consideraciones que se deben guardar entre compañeros.

VIMEUX

Me parece que si lo que dice es falso, á eso se llaman calumnias y difamaciones, y un difamador no merece mas que latigazos.

FLEURY, animándose

Y si las oficinas son un lugar público, eso puede llevarse muy bien á los tribunales.

PHELLION, queriendo evitar una disputa, procura cambiar de conversación

Señores, calma; estoy haciendo un pequeño tratado de moral y estoy en el alma.

FLEURY

¿Y qué dice usted del alma?

PHELLION, leyendo

P.—¿Qué es el alma del hombre?

R.—Es una substancia espiritual que piensa y que razona.

THUILLER

Una substancia espiritual es como si se dijese un adocuin inmaterial.

POIRET

Déjele usted leer, hombre.

PHELLION, prosiguiendo

P.—¿De dónde proviene el alma?

R.—Proviene de Dios, que la ha dotado de una naturaleza simple é indivisible, resultando, por consiguiente, imposible su destrucción, pues Él ha dicho...

POIRET

¿Quién? ¿Dios?

PHELLION

Sí, señor, según la tradición.

FLEURY, á Poiret

Pero, hombre, no interrumpa usted ahora.

PHELLION, prosiguiendo

Él ha dicho que la habta creado inmortal, es decir, que no morirá nunca.

P.—¿Para qué sirve el alma?

R.—Para comprender, querer y acordarse, lo cual constituye el entendimiento, la voluntad y la memoria.

P.—¿Para qué sirve el entendimiento?

R.—Para conocer. Es el ojo del alma.

FLEURY

Y el alma es el ojo ¿de qué?

PHELLION, continuando

P.—¿Qué debe conocer el entendimiento?

R.—La verdad.

P.—¿Para qué tiene el hombre voluntad?

R.—Para amar el bien y odiar el mal.

P.—¿Qué es el bien?

R.—Lo que le hace á uno feliz.

VIMEUX

¿Y escribe usted eso para señoritas?

PELLION

Sí. (Continuando.)

P.—¿Cuántas clases de bienes hay?

FLEURY

Eso es prodigiosamente libre.

PELLION, indignado

¡Oh! señor mío, aquí viene la respuesta, ahora estoy en ella. (Lee.)

R.—Hay dos clases de bienes, el bien eterno y el bien temporal.

POIRET, haciendo un gesto despreciativo

¿Y eso se venderá mucho?

PELLION

Así lo espero. Se necesita una gran contención de espíritu para establecer el sistema de las preguntas y las respuestas, y por eso yo les rogaba hace un momento que me dejaran pensar, pues las respuestas...

THUILLER, interrumpiéndole

Por lo demás, las respuestas podrán venderse aparte.

POIRET

¿Es eso un calembour?

THUILLER

Sí, se hará una ensalada (de *raiponces*) de rapónchigos.

PELLION

He cometido la grave falta de interrumpirles. (Se pone á trabajar.) Pero (para sus adentros) ya no piensan más en Rabourdin.

En éste momento pasaba entre Lupeaulx y el ministro una escena que decidió de la suerte de Rabourdin. Antes del almuerzo, el secretario general había ido á buscar al ministro á su despacho procurando antes asegurarse de que la Brière no podía oír nada.

—Su Excelencia no obra francamente conmigo.

—Vamos, ya estamos reñidos porque su querida coqueteó ayer conmigo—pensó el ministro.—Querido amigo, yo le creía á usted menos niño,—le dijo en voz alta.

—¿Amigo?—repitió el secretario general.—Ahora voy á verlo.

El ministro miró con altivez á Lupeaulx.

—Estamos solos y podemos explicarnos. El diputado del distrito en que se halla *mi tierra* de Lupeaulx...

—Pero ¿es decididamente una tierra?—dijo el ministro, riéndose para ocultar su sorpresa.

—Aumentada en doscientos mil francos de adquisiciones—repuso negligentemente Lupeaulx.—Usted conocía la dimisión de ese diputado desde hace diez días y no me ha dicho nada, lo cual no me parece bien, sabiendo como sabe mi deseo de sentarme en pleno centro. ¿No han pensado ustedes en que yo puedo irme con la Doctrina que devorará al gobierno y á la monarquía, si continúa este partido reclutando los hombres de talento completamente desconocido? ¿Sabe usted que no hay en una nación más allá de cincuenta ó sesenta cabezas poderosas, en las que el talento está en relación con la ambición? Saber gobernar, es conocer esas cabezas para cortarlas ó para comprarlas. Yo no sé si tengo talento, pero tengo ambición, y usted comete la falta de no entenderse con un hombre que no le quiere más que bien. La consagración ha deslumbrado por un momento, pero ¿y después?... Después se reanuda la guerra de palabras y las discusiones se agriarán. Ahora bien: por lo que á usted atañe, créame, valdrá más que no me encuentre en el centro izquierdo. A pesar de las maniobras del prefecto, á quien sin duda se le han dado instrucciones confidenciales contra mí, yo sacaré mayoría. Ha llegado el momento de que nos entendamos. Después de una pequeña traición, se llega á veces á ser buenos amigos. Yo seré nombrado conde, y á cambio de mis servicios supongo que no me negarán el gran cordón de la Legión. Pero más que estos dos puntos, me interesa una cosa en que el interés de usted se halla comprometido... Usted no

ha nombrado aún á Raboutdin, y según noticias que he tenido esta mañana, satisfaría usted á mucha gente nombrando á Baudoyer...

—¡Nombrar á Baudoyer!—exclamó el ministro.—¿Lo conoce usted?

—Sí—dijo Lupeaulx;—pero cuando su inutilidad quede probada, puede usted destituirle rogando á sus protectores que le empleen en su casa. De este modo puede usted luego satisfacer á sus amigos dando una dirección general, lo cual facilitará alguna transacción para satisfacer á algún ambicioso.

—Ya se la he prometido.

—Sí, pero yo no le pido que cambie usted hoy mismo de opinión. Conozco el peligro de decir *sí* y *no* en un mismo día. Aplace los nombramientos para firmarlos pasado mañana, y de este modo pasado mañana reconocerá que es imposible sostener á Raboutdin, el cual, por otra parte, no dejará de enviarle su dimisión.

—¿Su dimisión!

—Sí.

—¿Por qué?

—Es el hombre de un poder desconocido, que ha practicado el espionaje en todos los ministerios, cosa que habiendo sido descubierta por una casualidad ha puesto furiosos á todos los empleados. ¡Por favor! no trabaje usted hoy con él, que ya me encargaré yo de buscar una disculpa. Vaya usted á palacio, pues estoy seguro de que encontrará allí personas satisfechas por el nombramiento de Baudoyer, el cual tal vez le valga á usted alguna recompensa. Una vez hecho, dará usted pruebas de gran energía destituyendo á ese necio que le había sido, por decirlo así, impuesto.

—¿Quién le ha hecho cambiar á usted de ese modo con respecto á Raboutdin?

—¿Ayudaría usted al señor de Châteaubriand á hacer un artículo contra el ministerio? Pues bien, he aquí como me trata Raboutdin en su estado—dijo dándole la nota al ministro.—Organiza por completo un gobierno, sin duda en beneficio de una sociedad que no conocemos. Voy á seguir siendo amigo suyo para vigilarle, y así creo que podré prestar algún gran servicio que me valdrá el nombramiento de par, que es mi único deseo. Sépalo usted bien, no quiero ni formar parte del ministerio ni nada que pueda contrariarle. Yo aspiro á la

dignidad de par, que me valdrá casarme con la hija de algún banquero con cien mil francos de renta; de modo que déjeme usted que le preste algunos grandes servicios que le obliguen á decir al rey que he salvado el trono. Hace ya mucho tiempo que lo digo: el liberalismo no nos librará la batalla en campo abierto; ha renunciado á las conspiraciones, al carbonarismo y á los levantamientos, y nos mina el terreno, diciéndonos: *Quitate de ahí para que me ponga yo.* ¿Cree usted que yo he cortejado á la mujer de Raboutdin por gusto? No, yo tenía ya noticias. De modo que dos cosas hay: el aplazamiento del nombramiento y su cooperación sincera á mi elección. Usted verá si al fin de la jornada le habré ó no pagado espléndidamente mi deuda.

Por toda respuesta, el ministro tomó el trabajo de los nombramientos y se lo entregó á Lupeaulx.

—Voy á decir á Raboutdin que aplaza usted el trabajo hasta el sábado—repuso Lupeaulx.

El ministro consintió con un movimiento de cabeza.

El ordenanza de la secretaría atravesó inmediatamente los patios y fué á decir á Raboutdin que el trabajo quedaba aplazado para el sábado, día en que la cámara no se ocupaba más que de peticiones y en que el ministro podía disponer de todo el tiempo. En este mismo momento, Saillard le soltaba su frase á la mujer del ministro, la cual le respondió con dignidad que ella no se mezclaba para nada en los asuntos de Estado y que, por otra parte, había oído decir que Raboutdin estaba nombrado. Saillard, asustado, subió al despacho de Baudoyer, y encontró á Dutocq, á Godard y á Bixiou en un estado de desesperación difícil de describir, pues leían la minuta del trabajo de Raboutdin acerca de los empleados.

BIXIOU, señalando con el dedo un lugar de la minuta

Aquí está usted, papá Saillard.

SAILLARD. *La caja debe suprimirse en todos los ministerios, que deben tener sus cuentas corrientes con el Tesoro. Saillard es rico y no tiene, por lo tanto, ninguna necesidad de pensión.*

¿Quiere usted ver á su yerno? (*Vuelve unas cuantas hojas.*) Aquí está.

BAUDOYER. *Completamente incapaz. Despedido sin pensión, pues es rico.*

¿Y el amigo Godard? (*Hojea el estado.*)

GODARD. *Debe ser despedido con una pensión equivalente á la tercera parte de su sueldo.*

En fin, aquí estamos todos. Yo soy un artista bueno para estar empleado en la lista civil, en la Opera, en el Museum. Mucha capacidad, poco asiento, incapaz de aplicación, espíritu tornadizo. ¡Ah! ¡ya te daré yo á ti el artista!

SAILLARD

¡Suprimir á los cajeros! ¡Es un monstruo!

BIXIOU

¡A ver lo que dice de nuestro misterioso Desroys. (*Hojea el estado y lee.*)

DESROYS. *Hombre peligroso por su convicción inquebrantable en principios contrarios á todo poder monárquico. Hijo de convencional, admira la Convención y puede llegar á ser un peligroso publicista.*

BAUDOYER

Ni la policía sería tan hábil como él.

GODARD

Yo voy á la secretaría general á presentar una queja en regla. Es preciso que todos nos retiremos en masa si nombran á semejante hombre.

DUTOCC

Escuchen ustedes, señores, prudencia. Si nos sublevamos todos de momento, nos acusarán de venganza y de interés personal. No, dejen correr el rumor poco á poco, y cuando todos los empleados conozcan el hecho, entonces se podrá obrar contando con el asentimiento general.

BIXIOU

Dutocq se apoya en los principios del gran aire inventado por el sublime Rossini para Basilio, principios que prueban

que aquel gran compositor era un buen político. Eso me parece justo y conveniente. Yo pienso dejar mi tarjeta en casa de Rabourdin mañana por la mañana, y al efecto, me voy á encargar una que diga: BIXIOU, y debajo: *Poco asiento, incapaz de aplicación, espíritu tornadizo.*

GODARD

¡Buena idea, señores! Encarguemos tarjetas y que Rabourdin las reciba todas mañana por la mañana.

BAUDOYER

Señor Bixiou, encárguese usted de ese pequeño detalle y haga destruir las planchas después que haya quedado una sola prueba.

DUTOCC, *llamando aparte á Bixiou*

¿Quiere usted ahora dibujar la caricatura?

BIXIOU

Comprendo que está usted en el secreto desde hace diez días. (*Le mira fijamente.*) ¿Seré nombrado subjefe?

DUTOCC

Sí, palabra de honor y mil francos de gratificación. No sabe usted el servicio que presta á gentes poderosas.

BIXIOU

¿Las conoce usted?

DUTOCC

Sí.

BIXIOU

Pues bien, quiero hablarles.

DUTOCC, *secamente*

Según que haga usted ó no la caricatura, será nombrado ó no subjefe.

BIXIOU

Bueno, vengan los mil francos.

DUTOCQ

Se los daré á usted, cuando me dé el dibujo.

BIXIOU

Adelante. La caricatura correrá mañana por las oficinas. Vamos á provocar á los Rabourdin. (*Dirigiéndose á Saillard, á Godard y á Baudoyer, que hablan en voz baja.*) Señores, vamos á trabajar á los vecinos. (*Sale con Dutocq y llega á las oficinas de Rabourdin.*) ¡Hola! ¿qué tienen ustedes, señores? Lo que les he dicho es tan verdad, que pueden ustedes ir á ver las pruebas de la más infame de las delaciones en el despacho del virtuoso, honrado, estimable, probo y piadoso Baudoyer, el cual sí que es verdaderamente incapaz de semejante oficio. Vuestro jefe ha empleado una guillotina para los empleados, no lo duden ustedes. Adelante, corran, pues no se paga si no gusta, y podrán gozar GRATIS de su desgracia. Los nombramientos están aplazados. Las oficinas murmuran, y Rabourdin ha sido advertido por el ministro de que no trabajaría hoy con él. Vamos, vengan ustedes.

(*Phellion y Poiret se quedaron solos.*)

El primero amaba demasiado á Rabourdin para ir á buscar una convicción que podía perjudicar á un hombre á quien no quería juzgar, y al segundo no le quedaban más que cinco días de servicio. En este momento Sebastián bajó para recoger lo que hubiese pendiente de firma, y aunque no dijo nada, no dejó de sentir cierto asombro al ver las oficinas desiertas.

PHELLION

Mi joven amigo (*se levanta, caso raro*), ¿sabe usted que corren ciertos rumores acerca del señor Rabourdin, á quien usted ama y... (*baja la voz y se acerca al oído de Sebastián*) á quien yo quiero tanto como aprecio? Se dice que ha cometido la imprudencia de publicar un trabajo acerca de los empleados... (*Al pronunciar estas palabras, Phellion se detiene y se ve obligado á sostener en sus nerviosos brazos al joven Sebastián, que se pone pálido y cae desfallecido sobre una silla.*) ¡Una llave en la espalda, señor Poiret! ¿tiene usted una llave?

POIRET

Siempre llevo la de mi domicilio.

(*El anciano Poiret insinúa su llave en la espalda de Sebastián, á quien Phellion hace beber un vaso de agua fría. El pobre niño abre á poco los ojos para derramar un torrente de lágrimas, apoyando la cabeza en la mesa de Phellion y dejándose caer cual si fuese herido por un rayo. Sus sollozos son tan penetrantes, tan sinceros y tan abundantes, que por la primera vez en su vida Poiret se conmueve ante el dolor ajeno.*)

PHELLION, con voz cariñosa

Vamos, vamos, mi joven amigo, valor. En las grandes circunstancias se necesita. Usted es un hombre. ¿Qué hay? ¿Por qué le ha de conmovir esto tan grandemente?

SEBASTIÁN, en medio de sollozos

Es que yo he sido la perdición del señor Rabourdin. Yo he dejado el estado que él me había entregado para copiar; yo he matado á mi bienhechor, y debo morir. ¡Un hombre tan grande! ¡Un hombre que hubiera sido ministro!

POIRET, sonándose

¿De modo que es cierto que ha dado informes?

SEBASTIÁN, en medio de entrecortados sollozos

Pero eso era para... Vamos, ahora iba á decir sus secretos. ¡Ah! miserable Dutocq, él es el que lo ha robado! Y los llantos y los sollozos se reanudaron con tal ímpetu, que Rabourdin oyó desde su despacho los gemidos, distinguió la voz y subió. El jefe encontró á Sebastián casi desmayado como un Cristo entre los brazos de Phellion y de Poiret, los cuales imitaban grotescamente la postura de las dos Marías, con caras conmovidas por la ternura.

RABOURDIN

¿Qué hay, señores? (*Sebastián se yergue y cae arrodillado delante de Rabourdin.*)

SEBASTIÁN

Señor, yo le he perdido á usted. Dutocq, el monstruo, ha sorprendido sin duda el estado.